

prodigiosa, y que data de la fundacion de una colonia, cuya historia nos contó el jeque : sus fundadores eran oriundos de Trípoli de Siria, donde todavía existe su iglesia. En los tiempos mas florecientes del imperio de Oriente, los Griegos, llenos de orgullo y rapacidad, tiranizaban á los pueblos conquistados : el gobernador de Trípoli ejercia contra los habitantes todo linage de insultos y atrocidades, y estos, poco numerosos para resistir, y no pudiendo ya tolerar aquel yugo, se concertaron en número de trescientas familias, y habiendo reunido en secreto cuantos objetos de valor podian llevarse, partieron con sigilo á media noche, fueron á Homs, y de allí se dirigian hácia el desierto de Bagdad, cuando los alcanzaron las tropas griegas que el gobernador de Trípoli habia enviado en su seguimiento, y contra las cuales sostuvieron un reñido y sangriento combate; pero harto inferiores en número para vencer, y no queriendo á ningun precio sufrir de nuevo la tiranía de los Griegos, entraron en negociacion y obtuvieron el permiso de construir una aldea en el sitio mismo del combate, obligándose á ser tributarios del gobernador de Trípoli. Estableciéronse pues en este sitio, que está á la entrada del desierto, y llamaron á su aldea Saddad (obstáculo). — Esto es cuanto dice la crónica siríaca.

Los habitantes de Saddad son valientes y mansos de condicion. Abrimos nuestros fardos y pasamos algunos dias con ellos para probar que éramos verdaderamente mercaderes : — las mugeres nos compraron mucho lienzo de algodon colorado para hacer camisas; no nos ocupó mucho la venta, pero tuvimos que aguardar la llegada de los Beduinos á las cercanías. Un dia, habiendo sabido que existia, á cuatro horas del pueblo, una ruina considerable y muy antigua en la que se hallaba un baño de vapor, esta maravilla escitó nuestra curiosidad, y deseoso el señor Lascaris de visitarla, suplicó al jeque que nos diese una escolta. Despues de cuatro horas de camino hácia el sudeste, llegamos al centro de una gran ruina donde ya no hay mas que una sola estancia habitable : su arquitectura es muy sencilla, pero las piedras son de un tamaño prodigioso. Al entrar en aquella estancia, vimos una abertura de dos pies cuadrados de donde salia un denso vapor ; tiramos por ella un pañuelo, y en minuto y medio, con el reloj en la mano, volvió á salir y cayó á nuestros pies. Hicimos el mismo experimento con una camisa, y al cabo de diez minutos, volvió á subir como el pañuelo : nuestros guias nos aseguraron que un *machlas*, que pesa diez libras, saldria del mismo modo.

Nos desnudamos, nos pusimos al rededor del

boquete, y á pocos instantes ya estábamos cubiertos de un abundante sudor que nos corria por el cuerpo ; pero el olor de aquel vapor era tan insoportable, que no pudimos aguantarle por mucho tiempo : al cabo de media hora nos volvimos á vestir, experimentando un indecible bienestar. Dijeronnos que aquel vapor era efectivamente muy saludable y curaba un gran número de enfermedades : — de vuelta en el pueblo, cenamos con grande apetito, y no me acuerdo de haber disfrutado nunca un sueño mas delicioso.

Como nada nos quedaba por ver en Sadding ni en las cercanías, resolvimos ponernos en camino para la aldea de Corietain, y cuando hablamos de esto á Naufal, nos aconsejó que mudásemos de nombres, pues los nuestros podian hacernos sospechosos á los Beduinos y á los Turcos : desde entonces el señor Lascaris tomó el nombre de jeque Ibrahim el Cabressi (el Chipriota) y me dió el de Abdalla el Knatib, que significa el escritor.

Diónos el jeque Hasaf una carta de recomendacion para un cura Siriaco, llamado Mousi, nos despedimos de él y de nuestros amigos de Sadding, y nos pusimos en camino muy de madrugada. Al cabo de haber andado cuatro horas,

llegamos entre las dos aldeas Mahin y Haurin, situadas á diez minutos una de otra ; no tienen cada cual mas que unas veinte casas, la mayor parte arruinadas por los Beduinos, que vienen de cuando en cuando á talarlas. En el centro de estas aldeas se halla una alta torre de construccion antigua : los vecinos, todos musulmanes, hablan el lenguaje de los Beduinos y se visten como ellos. Despues de haber almorzado y llenado nuestras odres, continuamos nuestra marcha por espacio de seis horas, y hácia el anochecer llegamos á Corietain, á casa del cura Mousi, que nos ofreció la hospitalidad : — al dia siguiente nos llevó á casa del jeque Selim-el-Dahase, sugeto muy apreciable, que nos recibió perfectamente, y que cuando supo el motivo de nuestro viaje, nos hizo las mismas observaciones que el jeque de Sadding. Respondimosle que conociendo toda la dificultad de nuestra empresa, habiamos renunciado á avanzar hasta el desierto, contentándonos con ir hasta Palmira á vender nuestras mercancías. — « Eso es todavía mas « difícil, repuso, porque los Beduinos pueden « encontraros y saquearos, » y entonces empezó á contarnos mil cosas tremebundas de los Beduinos ; y como el cura confirmaba lo que nos decia el jeque, estábamos á punto de desanimarnos, cuando sirvieron el almuerzo, con lo que

se mudó la conversacion y tuvimos tiempo para reponernos de nuestra payura.

El jeque Selim es uno de los que estan obligados á proveer á las necesidades de la gran caravana de la Meca, juntamente con el jeque de Palmira; su contingente consiste en doscientos camellos y en provisiones de boca. De vuelta en nuestra casa, jeque Ibrahim me dijo: — « Y qué piensas, hijo mio, de todo lo que acaba de decirnos el jeque Selim? » — « No hay que hacer mucho caso, le respondí, de lo que cuentan los vecinos de estos pueblos, siempre en guerra con los Beduinos, pues no deben ser muy amigos. Nuestra posicion es muy distinta; nosotros somos comerciantes, vamos á vender nuestras mercancías á los Beduinos y no á hacerles la guerra; portándonos bien con ellos, no veo el menor peligro para nosotros. » Estas palabras le tranquilizaron un poco.

Pocos dias despues de nuestra llegada, para sostener nuestro papel de mercaderes, abrimos nuestros fardos en la plaza, en medio del pueblo, delante de la puerta del jeque, y vendí algunos objetos á las mugeres que me pagaron en dinero. Los ociosos se reunian al rededor de nosotros para hablar; uno de ellos, muy joven, llamado Hesaisoun-el-Kratib, me ayudaba á recibir el dinero y á ajustar las cuentas con las mu-

geres y los muchachos, mostrando el mayor celo por mis intereses. Un dia, hallándome solo, me preguntó si era capaz de guardar un secreto. — « Mirad á lo que os obligais, me dijo; se trata « de un secreto que no hay que confiar á nadie, « ni aun á vuestro compañero. » Díle mi palabra de guardarle, y me dijo que á una hora del pueblo habia una gruta en la que se hallaba una tinaja llena de zequies, y me dió uno de ellos asegurándome que no podia servirse de aquella moneda que no corria en Palmira. — « Pero vosotros, continuó, que vais de pueblo en pueblo, podreis cambiarla fácilmente; vosotros « teneis mil medios, que á mi me faltan, de aprovecharos de ese tesoro; sin embargo no quiero « daros el total, aunque dejo el repartimiento á « vuestra generosidad. Vendreis conmigo á reconocer los sitios, trasportaremos ese oro poco « á poco en secreto, y me dareis mi parte en « moneda corriente. » En vista del zequí di crédito á lo que me decia, y le cité fuera del pueblo para la mañana siguiente muy temprano.

Levántome antes de rayar al alba y salgo como para pasearme. A pocos pasos del pueblo hallo á Hesaisoun que me estaba aguardando, armado con una escopeta, un sable y dos pistolas.

Yo no llevaba por única arma mas que mi

larga pipa; anduvimos cosa de una hora; ¡con qué impaciencia buscaba yo con los ojos la gruta! Al fin la veo, y pronto entramos en ella; miro por todos lados buscando la tinaja, y como no la veo, me vuelvo á Hesaisoun: — « ¿Donde está la tinaja? le dije. » — Púsose muy pálido, y me respondió: — « Sábetete que ya ha llegado tu última hora: ya hubieras muerto si no hubiera temido manchar con sangre tus vestidos. Antes de matarte quiero despojarte, con que así desnúdate y dame tu saco de dinero, pues sé que le traes contigo, debe contener mas de 4,200 piastras que yo mismo he contado, que es el precio de las mercancías que has vendido. De aquí no saldrás vivo.

— « Perdóname la vida, le dije con ademán suplicante, y te daré una suma mayor que la que contiene mi saco, y te juro que á nadie hablaré de lo que aquí ha pasado. — No puede ser, me respondió; esta gruta ha de servirte de sepultura; no puedo dejarte la vida sin espo-
ner la mía. »

Juréle mil veces que callaria, le propuse firmar un pagaré de la suma que él mismo fijase, pero nada pudo disuadirle de su horrible intento. En fin, cansado de mi resistencia, deja sus armas junto á la pared y se arroja sobre mí como un leon para robarme antes de matarme. De

nuevo le suplico diciendo: — « ¿Qué daño te he hecho? ¿qué enemistad existe entre nosotros? « ¿No sabes que está cercano el dia del juicio? « ¿que Dios pedirá cuenta de la sangre inocente?... » Pero su empedernido corazon nada escucha... Pienso entonces en mi hermano, en mis parientes, en mis amigos; creo ver presentes á todos los objetos de mi amor, y, desesperado, no pido proteccion mas que á mi Criador. ¡Oh Dios mio! ¡protector de los inocentes! ¡Dadme fuerzas para resistir!... Mi asesino, impaciente, me arranca mis vestidos... aun que era mucho mas alto que yo, Dios me dió fuerzas para luchar contra él durante cerca de media hora; la sangre corria por mi rostro; mis vestidos estaban hechos pedazos. El infame, viéndome en aquel estado, toma el partido de ahogarme y levanta el brazo para asirme el cuello; aprovecho el momento de libertad que me deja aquel movimiento para darle, con los dos puños un golpe en el estómago, le tiro boca arriba, y cogiendo sus armas, salgo de la gruta corriendo á todo correr; apenas creía en la dicha de verme salvo; pocos momentos despues oí correr detras de mí: — era mi asesino, que me llamaba rogándome que le aguardase con tono muy pacífico. Como yo llevaba todas las armas, no temí pararme un momento, y volviéndome hácia él: — « Malva-

« do, le dije, que me quieres? Has intentado asesinarme en secreto, y tú eres el que vas á ser ahorcado públicamente. » Respondiome, asegurándolo con juramento, que todo aquello no habia sido mas que una broma, que habia querido probar mi valor y ver como me defenderia: — « Pero, añadió, veo que eres un niño, pues tanto te formalizas. » — Respondí, apuntándole con la escopeta, que si daba un paso mas, le disparaba un tiro: viéndome resuelto á hacerlo, huyó con direccion al desierto, y yo me volví al pueblo, donde jeque Ibrahim, el cura y Naufal empezaban á estar cuidadosos por mi ausencia: el primero, sobre todo, sabiendo que yo no solía alejarme sin avisarle, fué, despues de haberme esperado dos horas, á casa del jeque quien, participando de su inquietud, puso á todo el pueblo en mi busca. En fin Naufal, viéndome, esclama: — « ¡Aquí está! » — Selim cree que se engaña, y aun cuando me acerqué á ellos, apenas me conocian. El señor Lascaris vuela hácia mí y me abraza llorando; casi no puedo hablar; me llevan á casa del cura, me lavan las heridas y me meten en la cama: al cabo cobré aliento para contar mi aventura. Selim envió unos cuantos ginetes en persecucion del asesino, dando á su negro el cordon con que debia ahorcarle, pero volvieron sin haber podido alcanzarle, y

pronto supimos que habia entrado al servicio del bajá de Damasco. Desde entonces no volvió á parecer por Corietain.

Al cabo de pocos dias mis heridas empezaban á cerrarse, y pronto recobré las fuerzas. Jeque Selim, que me habia cobrado mucho cariño, me trajo un dia un catalejo descompuesto diciéndome que seria hombre muy habil si lograba componérsele. Como todo lo que habia que hacer para ello era poner un vidrio, le compuse sin dificultad, y tan contento quedó de mi maña que me dió el dictado de *el industrioso*.

Poco tiempo despues, supimos que los Beduinos se acercaban á Palmira, y ya se veian algunos hasta por las cercanías de Corietain. Un dia llegó uno llamado Selame el Hasan: en casa de Selim estábamos cuando entró; trajeron el café, y mientras le tomábamos, varios vecinos vinieron á ver al jeque y le dijeron: — « Hace ocho años, en tal sitio, Hasan mató á un pariente nuestro; venimos á pedirnos justicia contra el matador. » — Hasan negaba el hecho y preguntaba si habia testigos. — « No los hay, » respondieron, pero se te ha visto pasar solo por tal camino y poco despues hallamos muerto en él á nuestro pariente. Sabemos que me diaban entre vosotros motivos de rencor, luego es seguro que tú eres su asesino. » — Hasan

seguía negando, y el jeque, que temia mucho á los Beduinos, y que ademas no tenia pruebas positivas contra él, cojió un pedazo de palo y dijo: — « Por el que creó esta vara, jura que no has « muerto á su pariente. » — Cogió Hasan el palo, le estuvo mirando algunos instantes y bajó los ojos; luego levantando la cabeza hácia los acusadores: — « No quiero, dijo, tener dos crímenes sobre el corazon, uno, el de ser matador « de ese hombre, y otro el de jurar en falso delante de Dios. Yo he sido el homicida de vuestro pariente: ¿qué quereis por precio de su « sangre? » El jeque, por consideracion á los Beduinos, no quiso proceder con todo el rigor de las leyes, é interesándose en la negociacion los presentes, decidióse que Hasan pagaria trescientas piastras á los deudos del muerto. Cuando se le pidió esta suma, respondió que no la llevaba consigo, pero que la traeria á los pocos dias, y como no querian dejarle salir sin fianza: — « No tengo fianza que dar, añadió, pero aquel « cuyo nombre no he querido profanar con un « juramento en falso responderá por mí. » — Partió y á los cuatro dias volvió trayendo quince carneros que valian mas de veinte piastras cada

¹ Segun las leyes árabes, el homicidio se redime con dinero, fijándose la suma con arreglo á las circunstancias.

uno. Este rasgo de buena fé y de generosidad nos encantó y nos sorprendió al mismo tiempo. Deseamos trabar conocimiento con Hasan; jeque Ibrahim le convidó á ir á su casa, le hizo algunos regalos y por este medio nos hicimos amigos íntimos. Dijonos que era de la tribu El-Amur, cuyo caudillo se llama sultan el Brrak: esta tribu, compuesta de quinientas tiendas, se considera como parte de la poblacion del pais porque no deja las orillas del Eufrates cuando emigran las otras tribus. Vende carneros, camellos y manteca en Damasco, Homs, Hama, etc. Los vecinos de estos diferentes pueblos suelen tener un interés en sus rebaños.

Un dia dijimos á Hasan que queriamos ir á Palmira á vender los géneros que nos quedaban, pero que nos habian atemorizado con los peligros del camino, y habiéndose él ofrecido á conducirnos, estendió delante del jeque un billete por el cual salia responsable de cualquier accidente que pudiera ocurrirnos. Persuadidos de que Hasan era hombre de honor, aceptamos su proposicion.

Ya habia llegado la primavera; el desierto, poco antes tan árido, se habia cubierto repentinamente de una alfombra de verdura y flores. Este espectáculo encantador nos movió á acelerar nuestra partida: la víspera depositamos en

casa del cura Mousi una parte de nuestras mercancías, para no escitar la atención ni la codicia. Naufal deseaba volverse á Homs, por lo que el señor Lascaris le despidió dándole una buena recompensa, y, al día siguiente, después de haber ajustado á algunos camelleros con sus camellos, nos despedimos de los vecinos de Corietain, y habiéndonos provisto de agua y víveres para dos días, salimos muy de mañana, llevando una carta de recomendación del jeque Selim para el jeque de Palmira, llamado Ragial el Oruk.

Al cabo de diez horas de camino, en la dirección del levante, nos paramos junto á una torre cuadrada, muy alta y de construcción muy maciza, llamada Caser el Surdaan, en el territorio de Dawh. Esta torre, construida en tiempo del imperio griego, servía de puesto avanzado contra los Persas que venían á llevarse cautivos á los habitantes de este país: este antemural del desierto ha conservado su nombre hasta nuestros días. Después de haber admirado su arquitectura, que es de una buena época, nos volvimos á pasar la noche en nuestro pequeño Khan, donde pasamos mucho frío. Por la mañana, cuando nos disponíamos á partir, el señor Lascaris, poco acostumbrado todavía á los movimientos de los camellos, monta sin cautela en el suyo que levantándose de improviso, le tira al suelo. Acu-

dimos á él y nos pareció que se había dislocado un pie, pero como no quería detenerse, después de habersele vendado lo mejor que pudimos, volvimos á ponerle en su cabalgadura y proseguimos nuestro camino. Dos horas hacía que caminábamos, cuando vimos alzarse á lo lejos una polvareda que venía hacia nosotros, y pronto pudimos distinguir seis ginetes armados. Apenas los divisó Hasan, se quita la pelliza, coje su lanza y echa á correr hacia ellos gritándonos que nos estemos quedos: cuando los alcanzó, les dijo que éramos unos mercaderes que íbamos á Palmira, y que se había comprometido delante del jeque de Selim y de todo el pueblo á llevarnos hasta ese punto con seguridad; pero aquellos Beduinos, de la tribu El Hasné, sin querer escuchar nada, se precipitan sobre nosotros; Hasan parte á escape para cortarles el camino; ellos quieren rechazarle y se traba la pelea. Nuestro defensor era conocido por su denuedo, pero sus adversarios eran igualmente animosos. Por espacio de media hora sostuvo su choque, pero al cabo, herido de una lanzada que le atraviesa el muslo, se retira hacia nosotros y pronto cae de su caballo. Los Beduinos quieren despojarnos; entonces Hasan, tendido en el suelo, chorreándole la sangre de su herida, los apostrofa en estos términos: — « ¿Qué haceis, oh amigos míos? osais violar

« los derechos de los Arabes, los usos de los Beduinos? Esos hombres á quienes despojais son mis hermanos, les he empeñado mi palabra, he respondido de cuanto pudiera sucederles, y los robais! ¿Es eso obrar con honor?» — « ¿Por qué te has comprometido á llevar á unos cristianos á Palmira? le respondieron; ¿no sabes que Mehanna el Fadel (el jeque de su tribu) es el gefe del pais? ¿Como no le has pedido permiso?» — « Ya lo sé, repuso Hasan, pero estos mercaderes tenian prisa, y Mehanna está lejos de aqui. Les he empeñado mi palabra; conocen nuestras leyes y nuestras usanzas que nunca cambian. ¿Es digno de vosotros violarlas despojando á esos estrangeros, y dejándome herido de este modo?»

Al oír esto, cesaron los Beduinos en sus violencias y respondieron: — « Todo lo que dices es cierto y muy justo, y pues es así, no tomaremos á tus protegidos mas que lo que quieren darnos. »

Apresurámonos á ofrecerles dos machlas, una pelliza y cien piastras, con lo que se contentaron y nos dejaron proseguir nuestro camino. Hasan sufria mucho de su herida, y como no podia volver á montar á caballo, le di mi camello y tomé su yegua. Todavía caminamos cuatro horas, pero cuando se puso el sol, tuvimos que hacer alto

en un sitio llamado Waddi el Nahr (valle del rio) pero en el que sin embargo no se hallaba ni una gota de agua, y nuestras odres estaban vacías; el ataque de por la mañana nos habia retrasado tres horas, y era imposible ir mas lejos aquel dia. A pesar de lo mucho que teniamos que sufrir, todavía nos considerábamos muy dichosos de haber escapado de manos de los Beduinos y haber conservado nuestros vestidos que nos guarecian un poco de un viento frio que se hacia sentir de un modo harto desagradable: enfin, divididos entre la alegria y el dolor, aguardamos con impaciencia las primeras horas del dia. Jeque Ibrahim sufria de su pie, y Hasan de su herida; por la mañana, despues de haber acomodado á nuestros enfermos lo mejor que pudimos, proseguimos nuestro camino, siempre hácia el levante. A cinco cuartos de hora de Palmira, hallamos un arroyo subterráneo, cuyo manantial es enteramente desconocido, igualmente que el sitio donde se pierde: se ve correr el agua por unos boquetes de sobre cinco pies, que forman unas especies de estanques. Escusado es decir el placer con que bebimos: el agua nos pareció excelente.

A la entrada de un desfiladero formado por la conjuncion de dos montañas, vimos en fin la célebre Palmira. Este desfiladero forma por espa-

cio de un cuarto de hora un ingreso á la ciudad; á lo largo de la montaña, por el lado de medio día, se estiende, cosa de tres horas, una muralla antiquísima. En frente, á la izquierda, se ve un antiguo castillo llamado *Co Lat Ebn Maaen*, construido por los Turcos antes de la invencion de la pólvora. Este *Ebn Maaen*, gobernador de Damasco en tiempo de los califas, construyó este castillo para cerrar á los Persas la entrada en Siria. Luego llegamos á una espaciosa plaza llamada Waddi el Cabur (valle de las sepulturas): los sepulcros que le cubren aparecen de lejos como torres: cuando nos acercamos, vimos que en él habian dispuesto nichos para recibir á los muertos: cada nicho está cerrado por una losa, en el que está grabado el retrato del que le ocupa. Las torres tienen tres y cuatro pisos, que comunican entre sí por una escalera de piedra, generalmente muy bien conservada. Desde allí entramos en un espacioso recinto habitado por los Arabes, que le llaman el castillo, y que encierra las ruinas del templo del sol. Doscientas familias habitan en estas ruinas.

Immediatamente fuimos á ver al jeque Ragial el Oruk, anciano venerable que nos recibió muy bien y nos hizo cenar y dormir en su casa. Este jeque, como el de Corietain, suministra doscientos caballos á la gran caravana de la Meca.

Al dia siguiente, habiendo alquilado una casa, desempaquetamos nuestras mercancías. Vendé el pie de Jeque Ibrahim, que en efecto estaba dislocado, y le dió que sufrir por mucho tiempo. Hasan halló en Palmira amigos que le asistieron, y habiéndose restablecido en breve, vino á despedirse de nosotros y se fué contentísimo del modo como le recompensamos.

Precisados á no salir de casa durante algunos dias, á causa del pie de jeque Ibrahim, empezamos á vender algunos objetos para confirmar nuestra calidad de mercaderes; pero apenas el señor Lascaris se halló en estado de andar, fuimos á visitar el templo muy detenidamente. Otros viajeros han descrito sus ruinas, y así no hablaremos mas que de lo que se ha escapado á sus observaciones sobre el pais.

Un dia vimos en una plaza mucha gente ocupada en rodear de madera una hermosísima columna de granito, y nos dijeron que lo hacian para quemarla, ó mas bien para derribarla á fin de estraer el plomo que se hallaba en las juntas. Jeque Ibrahim, lleno de indignacion, exclamó dirigiéndome la palabra: — « ¿Qué dirian « los fundadores de Palmira si viesen á estos « bárbaros destruir de ese modo su obra? Pues « que la casualidad me ha traído aquí, quiero « oponerme á ese acto de vandalismo. » Y ha-